

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ (1939-2015)

In memoriam Máximo Brioso Sánchez

Cuando en el verano de 2013 Máximo Brioso aceptó el encargo de redactar la necrológica de Giuseppe Giangrande para la revista *Veleia*, ni remotamente pude imaginar que un año y medio después su inesperado fallecimiento —ocurrido el quince de enero de 2015— me habría de colocar en las actuales circunstancias, glosando en este mismo medio su perfil como helenista y como persona con la que compartí momentos gratificantes de mi vida personal y profesional.

Conocí a Máximo Brioso en la Universidad de Salamanca allá por la década de mil novecientos setenta. Yo era entonces una estudiante de Filología Clásica y él un joven profesor que, al acabar la Licenciatura, se había incorporado al Claustro de Profesores de dicha universidad, un poco convulsa, como el resto de la universidad española, por los acontecimientos políticos de la época, que también a él le tocó vivir.

Por esas circunstancias muchas veces difíciles de explicar que presiden el reparto de la carga docente en las universidades españolas, no fueron muchas las materias cuya docencia le fue a él asignada en el caso de mi promoción, pero siempre recordaré algunas clases de comentario de textos griegos magistrales que le escuché y las que acompañaron una materia optativa, «Estilística de la prosa griega», a la sazón una disciplina que contaba con cierto predicamento en la universidad española, donde su manejo de los textos y su forma de aproximarse a los mismos resultaban sorprendentes. Pues nada fácil era hacer entendibles, valorables desde el punto de vista estilístico y al mismo tiempo interesantes por su contenido y su forma textos tan alejados entre sí y en ocasiones tan ásperos como los de la temprana prosa griega, la historiografía, la filosofía, la prosa científica y técnica y formas diversas de una prosa narrativa de tipo novelesco como los que tuvimos ocasión de ver con él. Digo esto porque, sin duda, su manejo de los textos griegos y su exquisito gusto para la traducción constituían, a mi entender, unas de las cualidades sobresalientes de su perfil como helenista.

Andaluz de origen, Máximo Brioso nació el cuatro de julio de 1939 en Hinojales, provincia de Huelva, en el seno de una familia que, al morir el padre cuando él tenía once años, se trasladó a Huelva, donde había Instituto. Tras concluir el Bachillerato, fue Máximo Brioso a Salamanca a estudiar la especialidad de Filología Clásica procedente de Sevilla, donde cursó los primeros años de la Licenciatura y tuvo entre otros profesores a Agustín García Calvo, con quien habría de compartir su interés por las cuestiones de ritmo y métrica. En Salamanca realizó la tesis doctoral sobre el himno cristiano primitivo bajo la dirección de Martín Ruipérez (1969), publicada en 1972 con el título *Aspectos y problemas del himno cristiano primitivo* (Salamanca: CSIC), y allí permaneció como profesor adjunto hasta que en el curso 1974-1975, una vez obtenida la agregación, se trasladó a Sevilla. Pero siempre mantuvo con Salamanca una relación estrecha y creo que bastante afectiva: allí se casó con la pintora Pepa Santos, salmantina, cuando estaba realizando el servicio militar y aprovechando un permiso ordinario; allí nacieron sus hijos Héctor y David; allí inició su actividad profesional. Y cuando una vez instalados en Sevilla volvían en el mes de agosto para librarse de los



rigores climáticos de la ciudad andaluza, en Salamanca tenía ocasión de disfrutar del arte, según me dijo alguna vez, una de sus grandes aficiones.

Catedrático de Filología Griega de la Universidad de Sevilla desde 1982 hasta 2009, año en que se jubiló, la labor docente e investigadora desarrollada por Máximo Brioso en esa Universidad fue notable. Allí dejó, como lo había hecho en Salamanca, muchos y buenos alumnos, dirigió tesis doctorales y llevó a cabo una labor al frente de la revista *Habis* realmente de mérito. Pues durante casi veinte años fue director de la revista en su sección de filología después de haber sido secretario de la misma entre los años 1974 y 1990, y tras su jubilación pasó a formar parte de su Consejo Asesor. A *Habis* dedicó, pues, una gran parte de su actividad profesional y *Habis* le permitió ejercer, a través de las numerosas reseñas que en ella publicó, una de las labores, uno de los ejercicios deberíamos decir, que más le gustaba como intelectual minucioso y ávido de conocimientos que fue, y que mejor se correspondía con su agudo sentido crítico.

Fue en todo momento Máximo Brioso consciente de lo que debía ser la labor de un filólogo clásico, que él entendía de una manera rigurosa, y de la tarea que como profesores en este campo se nos encomendaba; no olvidaré sus comentarios en cierta ocasión explicándome por qué se había negado a impartir cursos de doctorado en los últimos años como docente en la Universidad y su visión no muy optimista de la situación en la que nos encontrábamos. Había dirigido tesis doctorales, como las del sentido Guillermo Montes Cala sobre la *Hécale* de Calímaco, sobre la adjetivación en Quinto de Esmirna (Francisco Antonio García Romero), sobre la obra literaria de Bión de Esmirna (Macario Valpuesta Bermúdez), sobre los Himnos de Calímaco (Olga Díez Fernández), sobre las escenas típicas en los *Posthomerica* de Quinto de Esmirna (María Ángeles Fernández Contreras), y codirigido otras sobre los epigramas de Estratón de Sardes (Manuel González Rincón), la literatura onirocrítica griega anterior a Artemidoro Daldiano (Miguel Ángel Vinagre Lobo) y el hexámetro de Opiano de Anazarbo y Opiano de Apamea (Tomás Silva Sánchez); excepto esta úl-

tima, que se presentó en Cádiz, todas ellas defendidas en la Universidad de Sevilla entre los años 1987 y 1998.

Como se ve, fueron la literatura de época helenística y de época imperial griegas dos de los campos favoritos sobre los que proyectó su investigación. En el caso de la literatura de época helenística, sus publicaciones abarcaron géneros y poetas diversos, como la épica de Apolonio de Rodas, la bucólica de Teócrito, la poesía de Calímaco, el yambo helenístico, el epigrama, la poesía amorosa, con estudios de detalle y traducciones, antologías (así, su *Antología de la poesía erótica de la Grecia antigua*, Sevilla 1991), capítulos de manuales (como el dedicado a la literatura helenística y a Calímaco, así como a la literatura y a la poesía de época imperial en J.A. López Fdez (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid: Gredos, 781-803 y 989-1004), pero también con estudios de un alcance más general y teórico, donde pasan a primer plano los presupuestos y la poética del Helenismo. Pues siempre combinó en su quehacer como filólogo las exigencias de una aproximación a los textos minuciosa con aquellas otras derivadas de la consideración de los mismos como textos literarios, intentado explicar que lo literario es, en definitiva, una categoría cambiante derivada de lo que una cultura y una sociedad, en un momento histórico determinado, deciden considerar como tal.

Interesado por las cuestiones de ritmo y métrica, publicó en este campo estudios diversos sobre todo en la década de mil novecientos setenta, como «Aportaciones al problema de la métrica griega tardía», *Estudios Clásicos* 16, 1972, 95-138, «Notas para la historia del pentámetro dactílico griego», *Emerita* 42, 1974, 147-157, «Nicandro y los esquemas del hexámetro», *Habis* 5, 1974, 9-23, «Aportaciones al estudio del hexámetro de Teócrito (I)», *Habis* 7, 1976, 21-56, «Aportaciones al estudio del hexámetro de Teócrito (II)», *Habis* 8, 1977, 57-75, «Sobre el hexámetro de la elegía y del epigrama griegos», *Habis* 9, 1978, 49-76, o «Conceptos básicos de Métrica Griega», en: J.A. Fernández Delgado (ed.), *Estudios metodológicos sobre la lengua griega*, Cáceres: Universidad de Extremadura 1983, 101-118.

Prestó atención también desde muy pronto a los problemas de crítica textual y de establecimiento del texto, siendo aquí reseñables sobre todo sus trabajos sobre las *Anacreónticas*, que habrían de culminar en la publicación en 1981 del texto revisado y traducido (*Anacreónticas, texto revisado y traducido*, Madrid: CSIC), y con anterioridad diversos trabajos relacionados con su datación (*Anacreonte. Un ensayo para su datación*, Salamanca: CSIC, 1970), la división estrófica («*Las Anacreónticas* y su división estrófica», *Cuadernos de Filología Clásica* 4, 1972, 427-440) y la poética implícita en este corpus de poesía («¿Otra consagración poética?: *Anacreóntica* primera», *Emerita* 47, 1979, 1-9). En 1989, y tras la aparición de las ediciones de West en Teubner (1984) y de Campbell en Loeb (1988), publica «Una nueva edición de las *Anacreónticas*», *Corolla Londiniensis* 5, 55-70, donde vuelve sobre el tema con una serie de reflexiones críticas en las que pone de manifiesto sus opiniones sobre los principios que habían de presidir la práctica de la crítica textual.

Un año antes de la publicación del texto y la traducción de las *Anacreónticas*, en 1980, había aparecido *Calímaco, Himnos, epigramas y fragmentos*, en la editorial Gredos, un volumen hecho en colaboración con Luis Alberto de Cuenca, en el que la Introducción y los fragmentos habían corrido a su cargo, y en 1986 se publica su traducción *Apolonio de Rodas, Las Argonáuticas*, Madrid: Cátedra, y *Bucólicos Griegos*, Madrid: Gredos, lo que da una idea de su intensa actividad como estudioso y traductor de los poetas helenísticos por aquellos años —luego mencionaremos también su traducción de algunas novelas griegas aparecida en 1982, en la editorial Gredos—, una tarea, la de traductor, en la que sin duda destacó de manera sobresaliente por su cuidado exquisito de la forma y la acertada elección de la palabra poética.

Preocupaba a Máximo Brioso, en su aproximación a la poesía helenística, una cabal interpretación de lo que de continuidad y de innovación representaba aquella poesía, una cuestión que alguna vez abordó de manera más general y teórica, como en la Ponencia de Literatura Griega que pronunció («Tradición e innovación en la literatura helenística»), publicada en las *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos I*, Madrid 1984, 127-146, donde se ocupaba de las actitudes de los poetas de la época ante la herencia literaria antigua, sin circunscribirse solo —como era habitual en la crítica de entonces— a la cuestión de la épica; y también se expresó sobre la poética del Helenismo más adelante (así en «Algunas consideraciones sobre la «poética» del Helenismo», en: A. Díaz Tejera, M. Brioso y otros (eds.), *Cinco lecciones sobre la cultura griega*, Sevilla 1990, 31-70; y en «Sobre la poética y los límites del Helenismo», *Excerpta Philologica* 1, 1991, 93-111); o, llevando la cuestión al terreno de la literatura latina, en la ponencia «Horacio y la tradición poética griega», con la que fue invitado a participar en el Simposio del Bimilenario de Horacio celebrado en Salamanca y editado por R. Cortés Tovar y J.C. Fernández Corte, *Bimilenario de Horacio*, Salamanca: Ediciones Universidad, 1994.

Este ocuparse del estado de la crítica a la hora de abordar un problema sin dejarse convencer fácilmente por lo que muchas veces se repite de manera machacona o un tanto mecánica formó parte de su postura como estudioso de modo permanente —como buen polemista que fue—, e igualmente, ya que hablamos de la literatura de época helenística, fue frecuente en él su preocupación por las cuestiones relacionadas con el «consumo» de la literatura y el público al que las producciones literarias iban destinadas. Pues la sofisticación de la literatura helenística, su fuerte carácter alusivo, su conciencia de pertenecer a una tradición, el desarrollo progresivo de la literatura en prosa y la mayor disponibilidad de material escrito del que para la época tenemos, podían dar la impresión de que el público en esta época estaba constituido principalmente por lectores; de hecho, el dominio del libro como vehículo de difusión literaria en este período era algo que se subrayaba con demasiada frecuencia en los estudios sobre literatura helenística (una idea sobre la que siempre expresó sus reticencias).

A esta cuestión del «público» y de la difusión de las obras literarias habría de dedicarle también su atención no solo en el estudio de la literatura de época helenística y en relación con la educación (de las que se ocupó en «La educación en el mundo helenístico», en: J. Signes Codoñer y otros (eds.), *Antiquae lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid: Cátedra, 2005, 65-71), sino en el estudio de la literatura de otras épocas, como el teatro («El público del teatro griego antiguo», *Teatro. Revista de estudios teatrales* 19, 2003, 9-55; «Las mujeres, ¿espectadoras de teatro clásico griego?», *Habis* 36, 2005, 77-98), o la novela («¿Oralidad y literatura de consumo en la novela griega antigua?: Caritón y Jenofonte de Éfeso (I)», *Habis* 31, 2000, 177-217; «¿Oralidad y literatura de consumo en la novela griega antigua?: Caritón y Jenofonte de Éfeso (II)», *Habis* 32, 2001, 425-461; «La novela griega antigua: su escritura y sus lectores», en: J. Bartolomé, M. C. González y M. Quijada (eds.), *La escritura y el libro en la Antigüedad*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2004, 271-309). Y de esa etapa previa de tanto interés que representan la sofisticación y el testimonio que nos ofrecen ciertos diálogos platónicos en relación con la escritura (sobre Platón había leído mucho y había impartido clases, aunque nunca dio el paso a publicar) se ocupó en «¿Sócrates lector?», en: M.^a Pilar Fernández Álvarez, Emiliano Fernández Vallina y Teresa Martínez Manzano (eds.), *Est hic varia lectio. La lectura en el mundo antiguo*, Salamanca: Ediciones Universidad, 2008, 13-40.

Fue la novela, en el terreno de la literatura de época imperial, el género sobre el que Máximo Brioso volcó su atención, y sus publicaciones en este campo representan, sin duda, una etapa de gran madurez en su investigación. Pues el estudio de la novela le permitió incorporar ya de ma-

nera clara y decisiva lo que sin duda había vislumbrado con anterioridad, «que habían pasado los tiempos en los que al estudio de la literatura griega se aplicaban en exclusiva métodos filológicos tradicionales», para decirlo con sus propias palabras. Así, si en su trabajo antes mencionado «La novela griega antigua: su escritura y sus lectores» se había ocupado del lector que hoy podemos imaginar para la novela griega desde una perspectiva esencialmente socio-literaria, examinando elementos internos, como la lengua y los niveles retóricos, y externos, como el papel representado por el libro como modo de lectura y otros condicionamientos del contexto cultural y educativo, la oralidad y la divulgación escrita como medios aún en competencia, en un trabajo posterior como «*Autor, narrador, lector y narratario en la novela griega antigua*», en: Enrique Ángel Ramos Jurado (ed.), *Cuatro estudios sobre exégesis mítica, mitografía y novela griegas*, Zaragoza: Pórtico, 2009, 153-248, culmina esta trayectoria a la que hacíamos referencia al revisar e incorporar estas cuatro nociones de la moderna Narratología a su análisis de la novela griega, conjugando de manera brillante y airosa una metodología moderna y su gran conocimiento de un género literario sobre el que había publicado extensamente con anterioridad. Una referencia bastante completa de sus publicaciones sobre la novela puede encontrarse en las páginas 243-244 de este último estudio mencionado; digamos, para que el lector pueda hacerse una idea, que estas publicaciones abarcan una gama bastante amplia de conceptos en relación con la novela, como personajes (el amigo), motivos y temas (el engaño, la pederastia, el amor, el viaje), aspectos formales, estilo, modelos y técnicas narrativas (como la del resumen retrospectivo), finales, la unidad libro, además de las que antes hemos señalado que tienen que ver con el público y la difusión de este género y los condicionamientos del contexto cultural y educativo. También de la novela en relación con la intertextualidad —un concepto que, sostenía, se empleaba con frecuencia en los estudios literarios con una laxitud que lo hacía huidizo— se había ocupado con anterioridad en su «Aspectos de intertextualidad genérica en la novela griega antigua», en: V. Bécares, F. Pordomingo, R. Cortés, J.C. Fernández Corte (eds.), *Intertextualidad en las literaturas griega y latina*, Salamanca-Madrid: Editorial Universidad-Ediciones Clásicas, 2000, 121-141. A estas publicaciones habría que añadir su espléndida traducción de la novela de Longo, *Dafnis y Cloe*, y la de Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, aparecida en 1982 en Madrid: Gredos, dentro de un volumen en el que Emilio Crespo Güemes tiene a su cargo las *Babiloniacas* de Jámblico. Puede el lector leer el comienzo de *Dafnis y Cloe* para darse cuenta de manera inmediata del primer de Máximo Briosó como traductor.

Fruto de su investigación en la madurez fue también la atención que le prestó a la novela en español y a las relaciones de un novelista como Cervantes con Heliodoro, el novelista griego, con análisis de literatura comparada y publicaciones en algunas revistas prestigiosas en este ámbito, como la francesa *Criticón* («Sobre la problemática relación entre Heliodoro y el *Persiles y Segismunda* de Cervantes: el motivo de la comunicación lingüística», 86, 2002, 73-96) y la norteamericana *Cervantes* («De nuevo sobre Cervantes y Heliodoro. La comunicación lingüística y algunas notas cronológicas», 23.3, 2003, 297-341). Pues se sintió atraído también por la Filología Española, lo que sin duda tuvo que ver no solo con su gran avidez como lector de literatura en diversas lenguas, sino con el hecho de que su hijo Héctor Briosó Santos sea un hispanista; se sentía orgulloso de las colaboraciones con él, y con hispanistas prestigiosos de diversos países, como Marc Vitse o Daniel Eisenberg mantuvo una relación amistosa y profesional.

También en una etapa avanzada de su vida se sintió atraído por el estudio del teatro griego, sobre todo desde la perspectiva de sus convenciones formales y su marco social. Hemos mencionado antes la atención que le prestó al público del teatro, añadamos que se ocupó también del tema de los actores («Notas sobre los actores y la actuación en el teatro griego antiguo», en: Gregorio Hi-

nojo Andrés y José Carlos Fernández Corte (eds.), *Munus quaesitum meritis. Homenaje a Carmen Codoñer*, Salamanca: Ediciones Universidad, 2007, 111-119), de los personajes («El falso médico como figura literaria: de Menandro a Molière», *Habis* 39, 2008, 39-55; «La mujer ática de los siglos v-iv a.C.: entre la vida cotidiana y el teatro», en: Inés Calero Secall, Virginia Alfaro Bech (eds.), *Las hijas de Pandora: historia, tradición y simbología*, Málaga: Editorial Universidad Málaga, 2005, 51-64), de ciertos motivos literarios («El motivo de la muerte aparente en la tragedia griega», en: J.A. Correa y E. Yamuza (eds.), *Estudios filológicos en homenaje a Mercedes Vilchez*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006, 25-32), y, como no, de los relatos internos dentro del drama («Aspectos problemáticos del mensaje y el mensajero en la tragedia griega: el caso de *Edipo en Colono*», en: L.M. Pino Campos, G. Santana Henríquez (eds.), *ΚΑΛΟΣ ΚΑΙ ΑΓΑΘΟΣ ΑΝΗΡ ΔΙΔΑΣΚΑΛΟΥ ΠΑΡΑΔΕΙΓΜΑ. Homenaje al Profesor Juan Antonio López Férez*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2013, 121-126). Colaboró con el Grupo de Estudios Teatrales de la Universidad de Alcalá de Henares dirigido por Ángel Berenguer y con su órgano la revista *Teatro*. Desde el año 2006 y hasta su fallecimiento pude contar con su colaboración como miembro del equipo de investigación en varios proyectos sobre teatro griego financiados por el Ministerio español (MICINN Y MINECO), de los que he sido y soy Investigadora Principal. Fruto de esta colaboración han sido sus trabajos sobre motivos como el rumor en la tragedia griega, y la carta en Heliodoro y Eurípides («El rumor como motivo literario en la tragedia», en: Milagros Quijada Sagredo (ed.), *Estudios sobre tragedia griega. Eurípides, el teatro griego de finales del siglo V a.C. y su influencia posterior*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2011, 131-200, y «Eurípides en Heliodoro: la carta de Fedra en *Hipólito* y el episodio de Cnemón en *Etiópicas*», en: *ibidem*, 233-256), sobre el mensajero trágico desde una perspectiva metodológica («De nuevo sobre los mensajeros trágicos: un debate metodológico», en: Milagros Quijada Sagredo y M. Carmen Encinas Reguero (eds.), *Retórica y discurso en el teatro griego*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2013, 157-192.). Estaba trabajando en una contribución sobre el mensajero en la comedia para un libro en preparación —dentro del Proyecto de Investigación que dirijo en la actualidad— cuando la muerte le sorprendió. Echaré de menos muchas cosas de él, por lo que se refiere a nuestra relación en estos últimos años, sus siempre útiles observaciones, su sagacidad y la colaboración que en todo momento estuvo dispuesto a ofrecerme; desde luego, lo divertido que podía ser.

En Sevilla, y durante bastantes años, dirigió Máximo Brioso un grupo de investigación financiado por la Junta de Andalucía, cuyos resultados más tangibles fueron la convocatoria de seminarios y cursos, así como la publicación de seis volúmenes colectivos en colaboración con otros investigadores de dicha universidad (M. Brioso y F.J. González Ponce (eds.), *Las letras griegas bajo el Imperio*, Sevilla 1966; M. Brioso Sánchez, F.J. González Ponce, *Actitudes literarias en la Grecia romana*, Sevilla 1998; M. Brioso Sánchez, A. Villarrubia Medina (eds.), *Consideraciones en torno al amor en la literatura de la Grecia antigua*, Sevilla 2000; M. Brioso Sánchez, A. Villarrubia Medina (eds.), *Estudios sobre el viaje en la literatura de la Grecia antigua*, Sevilla 2002; M. Brioso Sánchez, A. Villarrubia Medina (eds.), *Aspectos del teatro griego antiguo*, Sevilla 2006, y E.A. Ramos Jurado (ed.), *Cuatro estudios sobre exégesis mítica, mitografía y novela griegas*, Zaragoza: Pórtico, 2009).

En su larga trayectoria docente e investigadora formó parte de múltiples tribunales de Tesis Doctorales de Filología Griega y Latina y algunas de Filología Inglesa e incluso Alemana. Impartió cursos en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en sus sedes de Santander y Sevilla, y cursos de doctorado en diversas universidades españolas, como las de Málaga, Oviedo y País Vasco, además de la de Sevilla. Dio conferencias en prácticamente todas las universidades españolas. Fue invitado a una larga serie de simposios, jornadas, coloquios, cursos de verano, etc., y

siempre respondió con generosidad a las iniciativas que le llegaban pidiéndole su participación. No viajaba *abroad*, pero mantuvo un contacto permanente con diversos profesores e investigadores extranjeros, como su amigo, el fallecido G. Giangrande, y H. White, de la Universidad de Londres; G.L. Schmeling de la de Florida, USA; L. Lehnus y F. Conca de la de Milán; E. Dettori de la de Roma y S.A. Nimis de la de Miami, USA.

Máximo Brioso era una persona de fina ironía —una ironía más jocosa que hiriente—, y de trato directo y natural. Buen conversador, creo que pensaba que ninguna conversación, pasado cierto tiempo, podía ser tan interesante como un buen libro: todos los que estuvimos de un modo u otro cerca de él lo sabíamos, pero conseguía hacerse aceptar como era, a lo que sin duda contribuían su autenticidad, sus conocimientos, su manera de contar y su humor. Lector impenitente y de una curiosidad intelectual notable, supo siempre mantener posturas y era difícil que hiciera algo de lo que no estuviera convencido. Fue un trabajador infatigable, poco amigo de perder el tiempo en «políticas» y mucho menos en apariencias. En los últimos tiempos creo que llegó a rozar la felicidad en su casa de Sanlúcar de Barrameda, junto a Pepita, su mujer, al lado de otras gentes distintas a las de la Universidad. Quede aquí constancia de nuestro reconocimiento a su sabiduría e inteligencia, a su labor como filólogo y a su humanidad. Descanse en paz.

MILAGROS QUIJADA SAGREDO
UPV/EHU
milagros.quijada@ehu.eus